

Otra guerra de Crimea

PEDRO BAÑOS, Teniente Coronel y profesor de la Escuela Superior de las Fuerzas Armadas

Desde que Catalina II, allá por el siglo XVIII, lograra la fachada del mar Negro, esta masa de aguas profundas ha visto incrementar la marejada provocada en torno a su dominio. Rusia ya perdió la Guerra de Crimea (1854-56) frente a europeos y turcos, fracasando en su intento de poder enviar barcos al Mediterráneo y cerrar el acceso al Mar Negro a todo buque extranjero. La actual tensión no es más que otro episodio del enfrentamiento este-oeste por este control esencial.

Para recuperar el estatus de superpotencia, la geopolítica rusa pasa por expandir su poder continental mediante la instrumentalización de los mares. El mar Negro le permite dominar rutas clave de abastecimiento de hidrocarburos y minerales, fortalecer su control sobre los mercados energéticos e influir sobre los países ribereños.

Mantenerse en la base naval de Sebastopol es para Moscú una estrategia prioritaria. En 2017 vence el contrato de alquiler de la base que firmó con Ucrania tras la desintegración de la Unión Soviética, y Kiev parece dispuesta a acelerar el proceso de desalojo, con el argumento de que el artículo 17 de su Constitución prohíbe la presencia de fuerzas extranjeras en su territorio. Pero Rusia tiene el as en la manga de la mayoría rusa que habita en la ucraniana República Autónoma de Crimea (cerca del 70 por ciento de la población), dispuesta a solicitar la independencia apenas Moscú se lo insinúe. Además, buena parte de los ucranianos (de los que una cuarta parte son rusos) no ven clara la «occidentalización» y se oponen al ingreso en la OTAN. Ucrania, además, precisa de la energía rusa.

Para proteger adecuadamente Sebastopol y controlar las rutas marinas, Rusia necesita dominar las costas opuestas. Pesadilla para Rusia, pues tan sólo dispone de cuatro de las antiguas 17 bases navales soviéticas. Al Kremlin, imposibilitado para emplear militarmente el Mar de Azov por su escasa profundidad (una media de 13 metros) y lo angosto del estrecho de Kerch, tan sólo le resta Novorossiisk, donde espera disponer de una gran base en 2011. Pero no es suficiente para garantizar una defensa eficaz. Tras la adhesión de Rumania y Bulgaria a la UE en 2007, sólo la opción de Georgia se muestra como viable. Por eso, los principales puertos georgianos están en el punto de mira estratégico del Kremlin.

Les facilita la tarea que, quitando Poti y, en menor medida, Supsa y Sochi, los mejores puertos se encuentran en las autónomas Abjasia (Sujumi) y Abjaria (Batumi). Inquietante escenario para una UE desesperada por nutrirse de una energía de la que carece y para la cual el corredor energético mar Caspio-mar Negro se releva vital. Todas las estrategias europeas de transporte atraviesan la zona. Un explosivo cóctel molotov de geopolítica y geoeconomía, capaz de hacer saltar por los aires las actuales relaciones de poder mundiales.

Publicado en el periódico ABC, el lunes 01-09-08